

BENDICION DEL SANTUARIO "MATRI ECCLESIAE" MISA DE ENVÍO

Castel Gandolfo, 9 Septiembre 2004

Lecturas:
Hechos de los Apóstoles 2, 14-21
Lucas 5, 1-11

Con alegría nos reunimos en torno al altar para celebrar la Eucaristía. Queremos renovar la Nueva Alianza en la sangre de Cristo, con la dicha de haber compartido una hora de gracia con el sucesor de Pedro, de la roca sobre la cual Cristo construyó su Iglesia. Su palabra fortalece nuestra fe. Su testimonio de vida en el seguimiento de Cristo, el Buen Pastor, y en el amor a la Virgen María, ilumina y sostiene nuestro propio seguimiento. El reconocimiento que ha dado a nuestro Movimiento y a otros movimientos eclesiales, al considerarnos frutos del Espíritu y primavera de la Iglesia, nos llama a cultivar la fidelidad creadora al carisma recibido, y a colaborar con la Virgen María, llenos de esperanza, en la misión de la Iglesia cuando despunta la aurora de los nuevos tiempos.

Con corazón agradecido alabamos al Padre de los cielos por el don de la persona y el magisterio de Juan Pablo II, y le pedimos que lo ilumine y fortalezca en su ministerio. Lo alabamos asimismo porque celebramos esta Eucaristía en la sede del Movimiento Focolarino, la Obra de María. Su acogida fraterna en este día y los lazos de unidad que la Providencia divina ha entret Tejido desde la visita de Chiara a Schoenstatt en junio de 1999, son motivos de gratitud y de compromiso.

Venimos con la dicha de haber recibido ayer el regalo de la bendición del Santuario Matri Ecclesiae. La Familia internacional quiso expresarle al Padre Fundador su reconocimiento y filial gratitud con motivo de su octogésimo cumpleaños, el 16 de noviembre de 1965, ofreciéndole este inestimable don. No quería ser un santuario más. Con la colocación simbólica de su primera piedra el mismo día en que concluía el Concilio, el 8 de diciembre de 1965, su misión estaría entrelazada con la animación y la edificación de la Iglesia según el espíritu y las orientaciones pastorales del Concilio Vaticano II. Edificado en el centro visible de la Iglesia, sería asimismo un signo de la alianza de la Familia de Schoenstatt con el Pastor y Padre de la Iglesia universal, y de su voluntad de vivir y desvivirse, desplegando toda la fecundidad del carisma recibido, para que la Iglesia sea alma del mundo y de sus culturas. Siguieron 39 años de larga espera y de arduas gestiones. Los sacerdotes diocesanos del Instituto, con su esperanzada y paciente fidelidad al encargo recibido del Fundador, hicieron posible que este sueño llegara a ser realidad. Junto a ellos muchas personas y círculos de nuestra Familia mantuvieron encendida la llama. A todos ellos, nuestra especial gratitud.

Es imposible olvidar las encendidas palabras del Padre Fundador aquí en Roma ese día de la Inmaculada, cuando proclamó la grandeza del acto que tendría lugar en el terreno elegido para la construcción del santuario. El profeta tenía sus ojos puestos en la nueva imagen de la Iglesia que habían elaborado los padres

conciliares para los nuevos tiempos, desprendiéndola de una visión estática, mostrándola peregrina, fraterna, impulsada por el Espíritu Santo, y llena de ardor para transformar el mundo. Había seguido atentamente las sesiones del Concilio desde el silencio de Milwaukee, y había podido constatar que estaban emergiendo los rasgos de esa Iglesia llena de vida, que escucha con la libertad de los hijos de Dios al Señor de la historia, atenta al cambio de los tiempos, vistos y comprendidos desde la atalaya del corazón de Dios; esa Iglesia cuyos rasgos él mismo había querido modelar en la Familia que Dios le había regalado y encomendado. Estaba sobrecogido porque esa Iglesia renovada estaba comenzando a recibir el carisma de Schoenstatt como un don de Dios, liberándolo a él del exilio, y acogiendo al movimiento como una fuerza joven, una promesa de futuro para todo el Pueblo de Dios.

Ante sí nuestro Padre y Profeta tenía la visión de la Iglesia del pasado mañana de la historia, y tenía los resultados del gran Concilio, y en su corazón agradecía por las comunidades que habían surgido en Schoenstatt. Recordando sus jornadas y sus retiros, frutos del discernimiento que había hecho de los signos de los tiempos y de las corrientes que intentaban renovar a la Iglesia, y recordando la respuesta que éstos había encontrado en quienes había sellado su alianza de amor en el santuario, osaba decir que nada substancial de lo que había surgido en el Concilio no había sido asumido por su Familia, como idea y como experiencia vivida, ya antes de esa Asamblea Episcopal que sería decisiva para la historia de la Iglesia y para el cumplimiento de su misión en el mundo. Le dolía, eso sí, que algunos miembros de la Familia la observaran sin profundidad, y perdieran de vista sus verdaderas dimensiones. ¡Cuántas veces nos recomendó sumergirnos en la historia de Schoenstatt, para redescubrirla y tenerla por brújula para la travesía hacia los tiempos más nuevos!

Por eso, al término de su conferencia quiso entregar a los presentes un recuerdo del acto que tendría lugar más tarde. La leyenda prevista rezaba: "Recuerdo de la colocación simbólica de la primera piedra del santuario de la Madre tres veces Admirable a la sombra de San Pedro, como signo de la incorporación e identificación con el acto final del Concilio Vaticano II, y con la colocación de la primera piedra de una gran Iglesia que la Madre Iglesia le regala a la Madre de la Iglesia. Roma, fiesta de la Inmaculada 1965."

Han pasado los años. Han pasado muchos años. Junto a Pedro, pensando en nuestras Iglesias particulares y en nosotros mismos, nos preguntamos: ¿Compartimos plenamente con nuestro Padre Fundador su amor por la Iglesia y por la Virgen María, su amor por la Familia y por el tiempo que Dios nos regaló como don y tarea? ¿Hemos logrado contagiar a las diócesis donde vivimos, a las iniciativas evangelizadoras en que participamos, a las familias que formamos, a las comunidades a las cuales pertenecemos, con la confianza que el Padre Kantenich depositaba en la fuerza del amor materno de la Virgen como fuerza capaz de engendrar a Cristo en nuestros corazones y en nuestro tiempo? Los pastores y los consagrados, ¿depositan ya su confianza en el poder transformador de María, Madre de la Iglesia? ¿Creen que es capaz de educarnos a cada uno y a todo el Pueblo de Dios, para que éste sea pobre, humilde y santo, abierto a los dones del Espíritu como en Pentecostés; y no se apoye ni en el poder, ni en el dinero ni en el

prestigio, sino, conforme al modelo de María, tan sólo en su Roca, únicamente en Cristo, su Esposo y Señor?

Ya en su conferencia de ese memorable 8 de diciembre nuestro Fundador se refería a la Iglesia como una barca, y con esa imagen la describía sin anclas junto al muelle del más acá de nuestro tiempo, sino navegando, navegando mar adentro, en medio de olas y tempestades capaces de ponerla en peligro, como si pudiera naufragar.

Es una imagen muy querida, la que nos recuerda el encuentro de Jesús con sus primeros discípulos cuando lavaban sus redes junto al lago. Habían pasado toda la noche pescando en vano. Sin pensar en su propio cansancio, Pedro lo acogió en su barca. La alejó un poco de la orilla. Desde ella el maestro enseñaba a quienes lo seguían. El asombro de Pedro crecía al escuchar la sabiduría de Jesús y ver la aprobación que recibía de quienes acogían sus palabras. Después, agradecido, invitó a Pedro a remar lago adentro y a lanzar las redes. Razones tenía Pedro para no pasar por la puerta que el Señor le abría. ¡Quién mejor que él conocía el lago! Sin embargo, ya había crecido su confianza en el Señor. Aceptó entrar por la puerta que Dios le abría. Pasaría por ella de la mano del maestro: “En tu nombre echaré las redes.” La resultante creadora no se hizo esperar. La barca casi se hunde por la cantidad de peces. Pero eso no fue todo. Esa mañana la gracia de Dios caía sobre un terreno preparado por el mismo Cristo. Pedro pidió ayuda a su hermano Andrés y a los hijos de Zebedeo, sus compañeros pescadores. Creció la comunión entre ellos. Simón Pedro reconoció sinceramente su condición de pecador. Pero acogió la vocación de ser pescador de hombres. Sin titubear lo dejó todo, y siguió a Jesús ... hasta morir por él, como obispo de esta Iglesia de Roma.

Duc in altum! Son también las palabras del Santo Padre al inicio del tercer milenio, cuando no faltan los que creen que han pasado los días y las noches lanzando las redes, pero sin pescar nada. Repitió esta invitación de Cristo al término del gran Año Santo. Se había encontrado con millones de peregrinos que pasaban por la Puerta Santa, después de haber contemplado el rostro de Cristo y el poder de su gracia en los corazones de jóvenes, de trabajadores, de familias, de enfermos, de sacerdotes, en una palabra, de todos los que creen en él y se saben elegidos por él. Duc in altum! al inicio de este milenio de esperanza, capaz de tener vida en abundancia y de ser muy fecundo. Duc in altum!, palabra audaz que nos invita a aceptar la invitación de Cristo cada vez que estemos ante una puerta abierta por su sabiduría. Dios quiere que nuestro tiempo se encuentre profundamente con Cristo y con María, como también con innumerables discípulos suyos, y con familias y comunidades cristianas, donde resplandezcan el amor, la paz y la alegría del Evangelio.

La invitación a remar mar adentro, tan propia del envío después del Jubileo, es una invitación que convoca a todos los carismas y a todos los movimientos de la Iglesia a desarrollar la abundancia de los dones que han recibido del Espíritu Santo, y a colaborar fecundamente entre sí. Así el Papa nos pide que nuevamente confluyan, como en ese 8 de diciembre de 1965, la vida y los dones que Dios ha dado a nuestra Familia, con las orientaciones pastorales que el Concilio y él le han entregado a toda la Iglesia, de modo que ella lance sus redes en las aguas del tercer milenio, y ocurran nuevas pescas milagrosas.

- El Papa nos pide que nuestra relación con Dios no se contente con encuentros superficiales o pasajeros, sino que crucemos las aguas del tercer milenio, contemplando el rostro de Cristo – del Cristo en la gloria, en la Eucaristía y en los hermanos (NMI 20ss). Rememos entonces mar adentro, poniendo todo lo que esté de nuestra parte por acoger la voz de nuestro Fundador que nos propone vivir sobrecogidos por el amor y la presencia de Dios en Jesucristo, adorando su voluntad, asumiendo su cruz, encontrándonos con él en todas las circunstancias de nuestra vida, y dejándonos guiar por su Providencia con heroico espíritu filial.
- Nos pedía el Padre que en los nuevos tiempos cultivemos entre nosotros una actitud profundamente fraterna, y que los Obispos y sacerdotes sean a la vez hermanos y padres, que convoquen a la corresponsabilidad. Duc in altum! Que este sueño del Concilio marque nuestra participación familiar en Schoenstatt y en la Iglesia. Recemos y trabajemos por responder así al gran desafío que el Papa señaló para el inicio del nuevo milenio. Aliados con San Vicente Pallotti construyamos la Iglesia con todas las fuerzas apostólicas como casa y escuela de la comunión, como el Pueblo de la Nueva Alianza (NMI 43ss). ¡Qué hermosa manera de alentarnos para que vivamos en todas sus dimensiones la misión de ser uno en el corazón del Padre!
- Pensando en la vocación de los bautizados y en los nuevos tiempos, el Santo Padre ha exhortado a la Iglesia entera a no contentarse con una vida mediocre, sino a poner todas las programaciones pastorales bajo el signo de la santidad (NMI 31). Así nos invita a amar hasta el extremo, a gestar en la Iglesia nuevas generaciones de santos. Familia de Schoenstatt, rema mar adentro! No te contentes con apreciar tus ideales personales, de curso y de familia tan sólo por su valor pedagógico. Nuestros ideales son los proyectos de santidad personal y comunitaria que se gestaron en el corazón de Dios, son promesas de santidad de Dios, si somos dóciles a la acción de María desde sus santuarios, de ella, que nos precedió por los caminos de la Providencia, y es nuestra madre y educadora.
- El Padre Fundador nos pedía pasar por el mundo como la Virgen María, preparándolo para Cristo, y asemejándonos a ella en su amor y fidelidad a todos sus hijos, y en su preocupación por los más débiles y afligidos, por los que no tienen ni vino ni esperanza. Nos proponía que recorriéramos el mundo, repartiendo amor, paz y alegría. También aquí el Papa nos pide que aceleremos el ritmo de nuestra travesía: Duc in altum! ¡Remen mar adentro! ¡Lancen las redes de la alianza de amor, siendo solidarios con todos los que quisieran descubrir en los ojos, el corazón y las manos del prójimo ese amor activo y concreto a cada ser humano que distingue a la Virgen María, reflejo y prolongación de la misericordia, la imaginación y el amor fuerte y solidario de Cristo (NMI 49s). Así será cada uno de nosotros, en medio del mundo -en nuestras familias y en los lugares de trabajo y de estudio- un trozo vivo y atrayente del Evangelio. Así estaremos configurando las nuevas culturas como espacios espirituales abiertos al amor, a la solidaridad, a la confianza y a la vida, como culturas de alianza.

En virtud de este legado espiritual, nuestro Santuario Matri Ecclesiae, desde que el Padre bendijo su primera piedra al término del Concilio, pasó a tener un carácter simbólico de gran relevancia. Confluyen en él dos grandes amores del Padre y de nuestra Familia: Dilexit Mariam y Dilexit Ecclesiam. Confluyen como un don, una misión y una promesa; como un encargo de Dios y una promesa a toda la Familia y a cada uno de nosotros.

Respira el alma del Concilio en estos dos amores. Toman forma en ellos la fidelidad de la Iglesia al Espíritu Santo que inspiró al Concilio, y el anhelo de la Iglesia de renovarse como Esposa fiel del Señor, contemplando e imitando a su madre y modelo, a la Virgen María, compañera y colaboradora permanente y oficial de Cristo en la obra de la redención.

Pero nuestro santuario tiene que ser mucho más que un símbolo. ¿Cómo podría actuar la Sma. Virgen muy cerca del sucesor de Pedro, impulsando la renovación de la Iglesia, si no contara con instrumentos? Así lo propuso el Padre Fundador en su conferencia del 8 de diciembre, pensando en Roma. Se preguntaba: “¿Qué significado tiene nuestro pequeño santuario en la cercanía, a la sombra de la basílica de San Pedro? - Queremos colaborar después de Roma y en Roma a realizar, también desde aquí, la misión postconciliar de la Iglesia.”

Así nuestro santuario será siempre una invitación a vivir el *Cor unum in patre*, con la amplitud del corazón de Pablo, que abarcaba al mundo entero. Y así como se funden en esta divisa el amor al Padre Dios con el amor al Padre Fundador, a partir del cuarto hito de nuestra historia ella expresa asimismo cuán fecunda es la confluencia de la corriente de vida que fluye de la alianza de amor con nuestro Padre, con aquella que brota de la alianza de amor de toda la Iglesia con quien es su Padre y Pastor universal. Al interior de nuestro amor al Padre, late su amor al Santo Padre: a su persona y a su misión. También estas dimensiones de nuestra alianza son un don y una tarea, especialmente al inicio del tercer milenio.

Concluamos esta meditación, conscientes de haber sido enviados y alentados por el Santo Padre a remar mar adentro, haciendo fecundo el tesoro que hemos recibido. Amemos a la Iglesia como el Padre la amó. Amémosla, dondequiera que estemos, ya sea que su rostro sea atrayente y misionero, o que su rostro esté triste. Amémosla como Iglesia santa, santuario vivo de Dios, y como la Iglesia peregrina; como Iglesia sabia y como Esposa de Cristo, que necesita de la gracia y la verdad de su Señor. Amémosla con nuestro Padre como Iglesia débil y pobre, a la vez que rica en dones y carismas del Espíritu que renueva todas las cosas. Amémosla hoy, al inicio del tercer milenio, como Familia de Dios que convoca a cada uno de sus hijos y de sus hijas a ser portadores de su misión en este tiempo desafiante, que clama por discípulos de Cristo, santos y audaces como la Virgen María.

Rememos mar adentro como nuestro Fundador: con María Santísima alegres por la esperanza y seguros de la victoria. Amén.